

*Allá donde ves la neblina**

de Nedda G. de Anhalt

Conocí los paisajes que describe Sergio Galindo desde niño, desde siempre. Transité entre la bruma desde Perote hasta Xalapa en innumerables ocasiones, pero mi primer acercamiento a la obra del autor xalapeño —apenas un fragmento— se dio cuando estudiaba la preparatoria. La familiaridad de paisaje y la belleza de la descripción propiciaron también, en cierta forma, un mayor acercamiento a la literatura universal. Después vendrían lecturas de sus textos completos y, por azar o por destino, llegué a trabajar a la casa que él fundó y que hoy edita el libro que comentamos.

La lectura de esta espléndida colección de ensayos de Nedda G. de Anhalt sobre la obra de Sergio Galindo me ha permitido apreciarla desde una perspectiva que lo mismo aproxima que aleja, para verla en el detalle o de manera global y en las coincidencias y desavenencias con autores cercanos en el estilo o convergentes en los temas. La autora se encarga de elaborar este inventario en el caso de los escritores hispanos de la república, de los latinoamericanos del realismo mágico o de los existencialistas franceses por ejemplo.

Nedda G. de Anhalt aborda diversos aspectos de la obra galindeana: estilo, paisajes y ambientes, personajes, trama. En esta reseña me detendré en algunos de ellos y lo haré, por supuesto, de manera sucinta.

La autora nos permite reconocer en Galindo un escritor firme, pero de gran tersura, capaz de abordar temas

escabrosos, de describir ambientes caracterizados por la sordidez y de referirse a personajes grotescos o monstruosos, sin que su pluma se contamine. La luminosidad seduce al lector, aun en la brumosa confusión de la neblina. Teniendo a la historia como referente necesario, incluida la reciente, la del mismo momento de la escritura, su narrativa está lejos de la escritura lineal, lo que exige al lector su participación para realizar el diseño final de la armazón. Juega con el espacio —la neblina es su mejor aliado—, y el destiempo así como el contratiempo son características constantes de su temporalidad. Por otro lado, quizá lo más relevante sea la magia de su pluma para transformar lo cotidiano en extraordinario, lo familiar en una irrealidad absoluta, pero necesaria, sin que el lector se percate de esta transformación.

En Galindo no son claras las fronteras entre el paisaje y los personajes. A menudo, los ambientes naturales cobran una vida autónoma y definitiva, altura de protagonistas y, con frecuencia, los personajes representan ambientes internos tan yermos como las tierras cercanas al Bordo en dirección al altiplano o tan exuberantes como las agrestes selvas tropicales. A pesar de ello es menester detenernos a ver cada tipo por separado, como si sus límites existieran.

* Texto leído en la presentación de esta obra durante la Feria Internacional del Libro Universitario 2003, en la sede Veracruz.

Los paisajes de Galindo son muestra del alto grado de destreza que desarrolló prácticamente desde el inicio de su carrera. Cada palabra empleada, cada metáfora creada, cada perspectiva utilizada, así como el auxilio de las técnicas de otras artes de la imagen como la pintura, la fotografía y el mismo cine, acercan sus textos, por un lado, a la forma poética y, por otro, al séptimo arte. Si en otras partes de su obra podemos hacer alusión a una gran economía, en las descripciones de paisajes, Galindo desborda. El agua es el ambiente fundamental, el primigenio o el definitivo: El Bordo, Las Vigas y Xalapa, son la neblina; Veracruz, Alvarado, el trópico, son el mar. Rutilancia, luminosidad, lirismo. Pero, ¡cuidado! —nos alerta la autora— es posible que, hipnotizados, seducidos por esta belleza caigamos en la trampa que la trama trae consigo.

Nuestro autor es xalapeño, siempre lo fue: su corazón late en Xalapa y ahí fluye generosamente la tinta de su pluma. Es provinciano. Y a partir, no a pesar, de su provincialismo alcanza la universalidad. De lugares reales de esta provincia, crea lugares míticos, como afirma Nedda Anhalt. El Bordo y Xalapa, lo son, pero sobre todo Las Vigas en su novela cimera *Otilia Rauda*.

Pero más allá de los nombres propios y antes de la neblina, y congruente con su selección de lo ordinario, de lo cotidiano para hacer brotar de ahí la magia, es la familia el microambiente seleccionado por el autor para realizar el entramado de su narrativa. Sobra decir que esta selección nada tiene que ver ni con los relatos costumbristas ni con la cursilería. Las pasiones humanas, las culpas, las infidelidades, las

traiciones hacen de estos núcleos sociales ciudades sitiadas o auténticas cárceles. La cohesión y la coherencia en ellas se sustentan en el poder: las figuras paternas son tiránicas, las maternas, posesivas o desamorosas del todo y en las tías priva el despotismo, describe la autora.

Queden atrás estos paisajes. En más de una ocasión, como para no dejar ninguna rendija a la duda, la autora califica a Galindo como uno de los más prolíficos creadores de personajes. Y así es, en efecto. Pero ella insiste también en que son de una gran calidad en la realización. El escritor veracruzano muestra en ello su profundo conocimiento del alma humana. Dibuja con claridad a sus personajes, aunque éstos a menudo sean presa de gran confusión, y frecuentemente recurre a los opuestos: obviamente en el caso de las parejas, pero también en otras situaciones, como en la que se da entre el niño y el anciano —o la infancia y la vejez—, en el caso de *Los dos ángeles*; en alguna forma, podemos referir también a la de carácter ético: bueno-malo, pero no de manera simplista. De hecho sus héroes difícilmente serían canonizados. Opta en general por una ambigüedad casi —o sin el casi— ontológica, más que deontológica, esto es en el mismo ser del personaje y no sólo en su actitud (volveremos sobre esto). La autenticidad y la libertad son, sin embargo, valores que podrían ser útiles en una hipotética calificación y clasificación. Yo las encuentro precisamente en Hugo y en Rubén Lazcano, dos personajes masculinos de la mejor realización galindeana; sin embargo, comparto con la autora la impresión de que hay consenso en que su pluma

supo delinear con impecable diseño arquitectónico y meticulosa ingeniería de detalle, pero sobre todo con sabiduría y pasión a los personajes femeninos: Camerina, la enamorada a destiempo; Anabella y su eterno femenino; Joaquina y Esther, los polos fuerte y suave de la familia; Emma, la auténtica bruja de *El hombre de los hongos* y, por supuesto, Otilia, calificada por la autora como una auténtica diosa de barro azteca y que yo creo que es de maíz, porque es una diosa bastante viva... hasta el final. Y casi hasta después.

Los personajes viven pues en estos ambientes, en la cotidianidad de la prisión familiar su vejez, los desafectos, su declive, las pasiones, las intrigas. Son testigos y víctimas también de la brutalidad del poder más allá del familiar (el 68, por ejemplo, es tiempo y espacio en varios de sus textos). La muerte aparece sí, como destino necesario, como solución definitiva, como gran final, pero simultáneamente como reinicio; la autora anota su carácter distintivo en relación con la concepción occidental. Se refiere a su omnipotencia, es la otra parte de la vida, su complemento. Hurga así en nuestra raíz profunda.

Algo, alguien falta de destacar en este recuento. Terminaré por el principio. La neblina es su mejor descripción, su más elaborado personaje, su gran metáfora, la trama total. Ambigüedad, cobijo, confusión, escondite, frío; es la representación del poder familiar, difuso en pequeñas entidades. Su selección en el título es un gran acierto. Su lenta movilidad, aparente ser estático, así como su capacidad de modificar el color, la distancia y la profundidad, fueron de

gran utilidad en el juego de los espacios. El carácter amorfo de su estructura, o mejor, de su no estructura, es asiento ideal para la representación de las confusiones de ideas y de sentimientos. Su apariencia abrumadora y totalizadora así como la habilidad del autor para incorporarla con abundancia y pertinencia permite adoptarla como la síntesis de su obra.

A lo largo de esta colección de ensayos, la autora nos ha transmitido la sensación de un Galindo vivo, vigente, necesario. Con muchas cosas todavía por decirnos. Atisbaré sólo en dos direcciones: Voy primero a la íntima profunda. Antes de leer *Allá donde ves la neblina* habría yo sido incapaz de referirme al autor en los términos, en la forma que lo haré ahora. Sergio Galindo no aborda de manera especial al mundo indígena, como sí lo hace su contemporánea Rosario Castellanos, por ejemplo; sin embargo encontramos a lo largo de su obra elementos innumerables de ese México profundo. La autora se refiere a la muerte que describe Galindo como diferente a la que Occidente concibe, y recurre a Octavio Paz para explicarlo. Menciona también la abundancia de elementos duales en esta narrativa. Tengamos en cuenta que la dualidad es, en el pensamiento indígena, principio de necesidad causal, como afirma el historiador Alfredo López Austin. En la obra de Galindo la dualidad también da coherencia a toda su obra. La infancia y la vejez en el relato de los dos ángeles, el carácter suave de Esther frente al duro de Joaquina, y, por supuesto, la neblina: ella misma está formada por las dos fases opuestas complementarias; la líquida y la gaseosa o las gotas y el silencio, en la

versión del novelista; por otro, tiene frente a sí al mar para formar un sistema total (Otilia y Rubén lo simbolizan, lo sistematizan), y en *El Bordo*, la enorme masa confusa de la bruma se une en dialéctico absoluto al corte drástico, definitivo del barranco. La dualidad dando coherencia y sentido a esta obra. En el México profundo esta dualidad implica la necesidad del otro. Nadie se sustenta por sí mismo, nadie es bueno de manera absoluta. El individuo halla sentido en su pertenencia a la comunidad. Y así, los héroes de Galindo, como los dioses prehispánicos combinan elementos contrapuestos, por ello su ambigüedad. Y aún es posible encontrar que ese continuo choque de los individuos con la comunidad familiar nos habla del choque entre nuestros valores traídos de Occidente, que privilegian la libertad individual, con los de la matriz cultural originaria en la que, como acabo de afirmar, el individuo halla coherencia en su pertenencia a una comunidad, a la familia.

Si ahora me dirijo a otro horizonte, al del pensamiento contemporáneo, me encuentro con que la neblina como metáfora del poder nos presenta a un Galindo posmoderno. En efecto, a partir de un texto de Kant, en el que afirma que la Ilustración había triunfado, no con la toma del poder por sus vanguardias, sino cuando sus ideas pasaron a formar parte ya de la cotidianidad, Michel Foucault propone su concepción del poder que lo ubica no en los grandes centros políticos, económicos o militares, sino precisamente en los pequeños núcleos familiares. Así, en Galindo encontramos en diálogo y contraste las dos vertientes culturales y su vigencia se confirma.

¿Quién es la autora de este libro que hoy presentamos? Sin duda, a partir de esta lectura sabemos que es una gran conocedora de Sergio Galindo y su obra. Encuentra elementos que no distinguimos, se ubica en perspectivas inadvertidas y logra una imagen del escritor que lo hace más atractivo, más necesario. Pero ella es en cierta forma también nosotros. El libro incluye también una interesante entrevista que le hace al novelista en la que le hace las más diversas preguntas, con seguridad las que nosotros hubiéramos querido hacerle: ¿se acompaña con música cuando escribe?, ¿disfruta las muertes?, ¿cuál personaje le costó más trabajo construir?, ¿le dolió que haya muerto Otilia? Y así por el estilo.

Ella misma se sabe conocedora del autor cuando en el epílogo hace una entrevista póstuma en la que ella es ella misma, pero ¡vaya!, al mismo tiempo, es el autor, cuando en su nombre responde.

Ciertamente el texto logra un acercamiento a la obra de este universal narrador veracruzano. Ojalá logre una difusión extensa que propicie el otro acercamiento, el del autor con el gran público. Porque si él, con su obra, alcanzó el mérito de ser escritor universal y con su papel de director fundador de esta casa editorial fomentó el contacto entre los autores y el público, es tiempo de que saldemos la deuda con él y que su obra sea conocida, en primer lugar por los hombres, mujeres y niños de sus paisajes, los de la neblina y de la brisa del mar del centro de Veracruz, que son precisamente sus personajes.

Luis Miguel Gallardo